

LA TRADUCCIÓN COMO USURPACIÓN: EL EJEMPLO DEL QUIJOTE DE E. WARD

Carmelo Cunchillos Jaime
Colegio Universitario de Logroño

Una simple ojeada al *Index Translationum* de la UNESCO, pone en nuestro conocimiento que las decenas de miles de libros que cada año se traducen abarcan todas las disciplinas y campos del conocimiento.

Los efectos derivados de esa extraordinaria masa de traducciones son diversos: Los creadores de literatura pueden, hoy día, ser admirados a un mismo tiempo por los lectores de su propio país y por los de regiones remotas pertenecientes a grupos lingüísticos diferentes. Las obras científicas se publican simultáneamente en varios idiomas, o son traducidas tras un brevísimo intervalo de tiempo. El servicio de traducción inmediata de las grandes agencias del mundo del periodismo, hace posible que cada mañana se enteren de la misma noticia un japonés y un español, y cada uno en su propia lengua. Esta intensa interrelación en el ámbito artístico, científico e incluso cotidiano, pone de manifiesto que en la actualidad vivimos una cultura traducida.

Es cierto que este intercambio cultural se hace posible gracias a los grandes adelantos recientemente logrados en el campo de las comunicaciones, pero no es menos cierto que en la base de todo ese trasvase informativo está el arte de la traducción.

En nuestros días nos sería imposible imaginar que una nación o un pueblo se pueda mantener en un aislamiento total, o que desarrolle autárquicamente una cultura pura. Por el contrario, todas las tendencias apuntan hacia la consecución de la "aldea global".

Desde los tiempos más remotos, los hombres han intentado escapar de la incomunicación, representada bíblicamente por la destrucción de Babel, poniendo en contacto sus diversas manifestaciones artísticas o científicas, mediante traducciones. La mayoría de las grandes obras de la cultura universal se han dado a conocer por medio de versiones orales o escritas.

No puede resultarnos sorprendente, por lo tanto, que el fenómeno de la traducción haya suscitado el interés de muchos desde los albores de nuestra historia. Existen comentarios muy antiguos sobre las primeras adaptaciones de los clásicos griegos y latinos, se ha probado la existencia de diferentes modas en el arte de trasladar los textos según las distintas épocas, y, en la actualidad, se cuenta con un cúmulo apreciable de publicaciones de tipo teórico.

Pero, paradójicamente, este arte tan antiguo todavía no ha sido tratado con la misma dedicación que otras formas de la actividad literaria. Existen relativamente pocas evaluaciones que, de modo particular, aborden la historia, el método y la difusión de las traducciones de las grandes obras de la antigüedad clásica, y toda vía menos que se ocupen de los clásicos modernos. La ausencia de una teoría general y de una terminología específica en materia de traducciones conduce, frecuentemente, a juicios exagerados, a descalificaciones poco razonadas, o a vaguedades inoperantes a la hora de afrontar una traducción.

Quizá la negligencia y aparente abandono por parte de académicos y eruditos de una actividad que tradicionalmente y, sobre todo, en la actualidad se ha revelado vital para la evolución de la cultura universal, tenga que ver con el baldón que históricamente ha pesado sobre los que osaron tender puentes de comunicación entre diferentes culturas. Poco importa que estos mismos hombres fuesen unánimemente reconocidos en el campo de la creación literaria, como es el caso de Cicerón, Pope, Smollett, Baudelaire, etc. etc. Cuando son considerados como traductores, cae sobre ellos el estigma del descrédito que ha cristalizado en expresiones populares del tipo de “traductor, traidor”, “quien puede, escribe: quien no, traduce”, y en innumerables citas eruditas que han sido recogidas por el profesor Santoyo (1983: 9) en *La Cultura traducida*.

Hoy día, esta situación anteriormente descrita, lleva buen camino de superarse. La evolución de las investigaciones de lingüística aplicada, de las que muchas de las intervenciones de estas Jornadas son buena prueba, la urgente necesidad de formar expertos en traducción e interpretación, recogida incluso por la L.R.U. que propone una titulación universitaria, con categoría de licenciatura en este campo, y el hecho de que cada vez más frecuentemente las mejores plumas de los diferentes países se dediquen a traducir, hacen esperar una dignificación del oficio de traductor.

En un reciente artículo, el profesor D. Emilio Lorenzo (1989) dice que “toda obra literaria sufre, al traducirse, un proceso de transformación, debido a la distinta fisonomía de las lenguas. Es natural. No lo es, en cambio, la manipulación y deformación caprichosas del texto por su traductor”.

Esta cita es absolutamente pertinente para ir centrando el tema de mi exposición: la traducción de obras literarias y, en concreto, la del *Ingenioso Hidalgo Don*

Quijote de la Mancha, para desembocar en la especie de expolio realizado por Edward Ward en el bienio de 1711 - 1712.

El proceso de transformación sufrido por las obras literarias, tiene que ver, además de con la naturaleza de las lenguas que intervienen en el proceso, con la personalidad del traductor, con la moda literaria imperante en el momento de efectuarse la traducción y con la realidad sociocultural del país receptor.

En el caso del *Quijote*, durante los dos primeros siglos de su andadura inglesa (1612-1800) fueron ocho los que participaron en la empresa de difundir y aclimatar las aventuras del Ingenioso Hidalgo de la Mancha en Inglaterra. También hay que mencionar a dos hombres que si no fueron autores de versiones totalmente nuevas, sí que corrigieron las ya existente y, con sus enmiendas, trataron de dar al texto cervantino un porte y una apariencia más dignos.

Lo único que todos ellos muestran en común es su deseo de traducirlo, con mejor o peor fortuna, al inglés. Pero ahí acaban las afinidades del grupo, ya que todos los demás aspectos de sus vidas o sus obras son notoriamente dispares.

Para empezar, su nacionalidad es distinta: cuatro de ellos nacieron en Irlanda: Shelton, Stevens, Jarvis y Kelly; otros cuatro en Inglaterra: Phillips, Ward, Ozell y Wilmot; uno en Francia: Motteux; y otro en Escocia: Smollett.

Todos, excepto Shelton y Jarvis, se dedicaron con mayor o menor intensidad a la literatura y tradujeron obras al inglés de otras lenguas, fundamentalmente la francesa. Phillips, Ozell y Stevens, además del *Quijote* vertieron a su lengua otras obras españolas, y de ellos únicamente Ozell, tradujo alguna de las otras obras de Cervantes.

También sus personalidades fueron francamente dispares. Shelton es una figura histórica con suficientes puntos oscuros como para que haya críticos que nieguen su verdadera existencia y afirmen que su nombre no es sino la invención del editor Edward Blount que ideó este montaje truculento para vender mejor la edición. Su vida de conspiraciones, huídas y exilios sólo encuentra paralelo en la azarosa existencia de George Kelly. Edward Ward reunió en su persona los oficios de escritor y tabernero, mientras que Jarvis pudo compaginar su dedicación a la pintura con la traducción del *Quijote*. Phillips y Motteux fueron dos desheredados de la fortuna que se vieron obligados a trabajar de plumíferos para ganar su sustento. Sólo Smollett consiguió en sus días y, sobre todo, en la posteridad justa fama por su labor como literato.

Todos ellos, además de pertenecer a momentos históricos sucesivos, se adscribieron a opciones políticas y religiosas diferentes y surgieron de diversos estratos sociales y étnicos, lo que, indudablemente, tuvo que pesar en la peculiar interpretación que cada uno de ellos ofreció de la obra que tradujeron.

Cada una de las traducciones es un microcosmos en el que se revela la valoración que los traductores extrajeron del *Quijote*, su grado de comprensión de la obra, y la disposición que observaron con respecto a la novela y a su autor. En todas se aprecian ciertos principios fundamentales que varían según la moda imperante en el momento en el que se realizaron, los gustos personales del traductor, o la conjunción de ambos aspectos.

Durante el periodo comprendido entre 1612 y 1711, conviven las dos tendencias que han predominado desde la antigüedad hasta nuestros días. Existe, por una parte, un modo de traducción en la que el énfasis recae sobre los aspectos formales, que considera imprescindible una adecuación entre los textos palabra por palabra; se trata, en definitiva, de la traducción literal. Pero se da otra tendencia que condena los presupuestos anteriores por inadecuados, que pone especial atención en la parte del significado, y que aboga por la libertad del traductor para corregir o perfeccionar los textos según los gustos de su propia época; hablamos, en este caso, de la traducción libre o adaptación.

Coincidiendo con la traducción de Shelton (1612), la tendencia dominante era la que desechaba todo lo que no fuese literal, como una licencia del traductor. Shelton procedió de acuerdo con esta línea sin desviarse en lo más mínimo. Parte de esta literalidad se ha atribuido a la prisa o a su escaso dominio del castellano; su sintaxis es un calco de la de Cervantes, refleja escrupulosamente las expresiones idiomáticas y paremiológicas españolas y, prácticamente, “fotocopia” el léxico, llegando al exceso de traducir

talante por *talent* en vez de por *mood*
desmayarse por *dismay* en vez de por *swoon*
prosiguió por *prosecuted* en vez de por *continued*

incluso delito de convierte en “delight” en vez de “crime”.

No debió consultar muchos diccionarios ni léxicos pues traduce “esparraguera” por “Harrow”, “noria” por “town” o “Palomeque el zurdo” por “Palomeque the deafe”. “Aquel pastor de Marras, Ambrosio”, gracias a una errata de la Editio Princeps, pasa a la edición de Bruselas como “aquel pastor de Mariás, Ambrosio”. Shelton arregla el asunto añadiendo un nombre más al pastor y llamándole “Mariás Ambrosio his Shepherd”. Lo mismo ocurre con “El sastre del Cantillo” que se convierte en “The Taylor that dwells in a corner”.

Pero su fidelidad a ultranza no le impide, como buen isabelino, hacer un uso equilibrado del lenguaje, respetando los diferentes estilos en cada ocasión. El hecho de que fuese coetáneo de Cervantes es una ventaja más a tener en cuenta.

En 1742, Jarvis siguió el ejemplo de Shelton y los consejos de los que como Dryden censuraban la excesiva libertad en el modo de traducir. El resultado fue

igualmente satisfactorio a juzgar por los cientos de ediciones que a lo largo del s. XIX y del XX se han realizado de su traducción.

Pero también en el siglo XVII y XVIII se hacen oír las voces de aquellos que propugnaban la libre adaptación de las obras extranjeras. Así, Chapman, en la introducción a su traducción de Homero de 1611, dice que el deber del traductor es “not to follow the number and order of words but... to clothe and adorn them with words and such a style and forme of oration as are most apt for the language into which they are converted”. Esta posición fue la sostenida por personajes tan relevantes en el orbe literario inglés como Ben Jonson y Abraham Cowley. Algo posteriormente, Sir John Denham, en 1656, observaba en el prefacio de *The Destruction of Troy*, que “If Virgil must needs speak English, it were fit he should speak not only as a man of this Nation, but as a man of this age...” Esto implica que los textos originales deben “corregirse”, “perfeccionarse” e incluso “completarse” para “refinar” el estilo, pero esto también conllevaba la inclusión de expresiones idiomáticas e incluso vulgares y malsonantes propias de la época, en un afán de adaptar los libros, hasta sus últimas consecuencias, el gusto imperante del momento.

En esta línea de libertad absoluta se movieron John Phillips (1687) y Edward Ward, (1711-12), pues, tanto la traducción de uno como la paráfrasis de otro, son extremos a los que se puede llegar si por traducir se entiende entrar a saco en los textos ajenos, quitando y poniendo a placer, cambiando el sentido de las cosas, y distorsionando el significado general hasta convertirlo en una mera caricatura del original.

Ambos trabajos son fruto del gusto chabacano y burdo del periodo de la Restauración. En el caso de E. Ward, puede decirse en su defensa que la deformación que hace del texto de Cervantes le viene impuesta por razones del metro que utilizó, pero para la interpretación que hace de la obra no hay atenuante posible.

Tanto la versión de Motteux (1700-1703) como la posterior de Smollett (1755) participan hasta cierto punto de esta concepción libérrima de traducción, y en grados diferentes fueron deudores de la de Phillips. Ambos conciben el *Quijote* como una obra burlesca cuya finalidad es hacer reír. Moderniza el lenguaje con respecto a las versiones anteriores y aclimata a los personajes de la novela a los gustos ingleses. También utilizan ciertas expresiones malsonantes que evidencian poco respecto por el original. El mérito de estas traducciones es que lograron popularizar la lectura del *Quijote* y hacerlo asequible a todas las capas sociales.

Para terminar con el panorama de las traducciones del *Quijote* en los siglos XVII y XVIII hay que decir que la de George Kelly (1769) fue una mera revisión del texto de Motteux no más destacable que la de su antecesor Ozell o la efectuada por el capitán Stevens al texto de Shelton. No obstante, Kelly fue más lejos que Ozell al

abreviar considerablemente el texto de Motteux y al cambiar el significado de ciertos pasajes. Finalmente, la versión de Henry Wilmot (1774) es un refrito de todas las anteriores.

Pero debemos volver al caso de E. Ward y no precisamente por la calidad de su trabajo sino por lo insólito de su proyecto, pues supuso la usurpación más flagrante de todo lo que tenga que ver con los derechos de autoría.

De Ward no merece la pena hablar de equivalencias entre textos, ni de si trató de conservar el estilo. Tampoco es pertinente mencionar el hecho de que abrevia el texto original desmesuradamente. Intentar averiguar la manera en que resuelve problemas de traducción no precisamente salvados por otros traductores como las expresiones paremiológicas o idiomáticas o analizar el tipo de modificaciones estilísticas que introduce en su texto, resulta un esfuerzo vano. Lo que Ward practica es lisa y llanamente una mutilación del texto cervantino.

Pero esta mutilación a la que aludo se realiza con todo tipo de agravantes.

De lo que hace con el texto ya he mencionado algo, pero queda por decir que Ward traduce el *Quijote* en versos Hudibrásticos, es decir en tetrametros iámbicos, todos ellos en pareados (aa, bb, cc, etc) hasta el capítulo 37 de la Primera parte.

THE LIFE
And
Notable Adventures
CANTO I

Of the Knight's House, himself and Niece,
His way of Living, and his Dress;
Of Books that did his wits confound,
And of his Man, Maid, Horse and Hound.
In Jealous Regions where the Heat
Makes all Men Cuckolds in Conceit,
Who in their Stately Strides express
Their Stubborn Sloth and Laziness;
Where Carriers scorn to Shooe their Horses
Without their Spado's at their Arses,
And Sweating Moors in Sultry Weather,
Most proudly thrash in Cloaks together;
Where Women veil their handsome faces
At Windows and in Publick Places;

Yet never baulk an Am'rous proffer,
When Opportunity Shall offer.
There at a Village in La Mancha,
Fam'd for the Birth of Sancho Panía,
As well as that illustrious Knight,
Who taught the Sturdy Clown to fight,
A Crazy Mansion leaning Stood,
Built Ages Since of Lime and Wood,
Whose Ancient Walls in time had got,
More Patches than a Mumpers Coat,
And tatter'd Roof was cover'd close,
With cooling Houseleek and with Moss;
Whilst o'er the Porch a Spreading Vine,
Did with the Fruitful Fig-tree joyn,
Whose luscious Products charm'd the Eye,
And tempted all that travell'd by,
About the Tott'ring Fabrick lay,
Neglected Gardens e'ery way;
Where Nature did herself exert,
Above the Old Remains of Art,
And choak'd with Grass and Stinking Weeds,
The Gravel-Walks and Flowry Beds,
Which thro' much want of needful Care,
With Frogs and Toads infested were.
The Stable Walls were much decay'd,
Like Houses long untenanted
The Roof unable to Sustain
The force of either Wind or Rain,
But was for want of due repair,
To both a Common Thorowfare.
And look'd as if old Hags or Devils
Within at Midnight Kept their Revels.
Upon the Right there chanc'd to be
An av'ry, call'd a Rookery;
Where Ancient Trees of wondrous hight,
Shaded the humbler Earth from Light;
Whilst croaking Swarms their Dung would throw
On Lovers Heads that walk'd below,

That those who had the Luck might try,
The Proverb's verity thereby.
To th'Left within a Dirty Yard,
Stood an old Dove-house much impair'd
Frequented by no other Fowls,
Than frightful Bats and Hooting Owls,
Who there sat undistrub'd by Day,
And fled Abroad at Night to prey.
Not far from hence some Ponds were seated,
Where Fish long since were nurs'd and fatted,
Till Sluices out of all repair,
And Flags and Weeds for want of Care,
Had choak'd and fill'd each muddy Trench,
Instead of well-fed Carp and Tench.
Thus all look'd Aged and neglected,
Like an old Rural Seat rejected
By some Rich Blockhead doom'd to squander
His Wealth in Town, and then to wander
About the World in rags and Lice,
Repenting of his Whores and Dice.
Whithout this Rusty Mansion dwelt,
A DON whom Age had almost gelt,
Whose Weapons, Furniture and Plate,
Appear'd of very Ancient date,
And Shew'd the Family to be,
of wonderful Antiquity.
To grace the lofty spacious Hall,
Bucks Heads were nail'd against the Wall,
where Cloaks were hung upon occasion,
According to the Good Old Fasion:
Upon a Rack on to'ther side,
A Lance that often had been try'd,
Fit only for an Arm of Strength,
Like kitchen Spit, was laid at length;
Hard by, a Warriar's Iron Coat,
Or Shell, hung up not worth a Groat,
A Batter'd Helmet, Sword and Spurs,
As Ancient as the Trojan Wars;

A Rusty Gun and Quarter-Staff,
 To Keep the Family more Safe,
 And to Compleat the Warlike Show,
 A target, Quiver and a Bow.
 These were the Arms the doubty Don
 Took great delight to gaze upon,
 As if he in their Rust could see,
 His Grandsire's Strenth and Bravery.
 A good Old Steed he also Kept,
 That only Farted, Eat and Slept,
 Who would sometimes, when Hay was Scarce,
 Upon the Manger turn his Arse,
 And on his Wet and Pissburnt Litter,
 Make a good Meal for want of better:
 Barring Old Age, he had no fault,
 Except to Stumble and to halt;
 'Tis true much Fat he ne'er could boast,
 'Cause fed, poor Jade, at little Cost,
 Not pamper'd up like Brewers Horse,
 Wh'in loaded Dray exerts his force
 With twenty Barrels at his Arse;
 But kept so fine that e'ery Bone,
 Appear'd like those of Skeleton,
 Yet Sound as any Roach at heart,
 And fit for Saddle, Coach or Cart,
 No Jadish Pranks would ever Play,
 But Scorn'd to Start or run away,
 Tho' Seldom by his Master Rid,
 Was never wanton when Bestrid;
 Yet look'd so shagged and forlorn,
 For want of Dressing and of Corn,
 That by his Coat you would have guest,
 He'ad been some wild Arabian Beast.

Quizá lo que nadie pueda perdonarle es el tratamiento que hace de los entrañables personajes de la obra. Don Quijote es descrito como un libertino que había disipado su fortuna en tabernas y lupanares y que, en su madurez, se había recluído en lo que le quedaba de hacienda, de la cual había hecho un gallinero del

que él se había erigido en gallo. Por supuesto que las gallinas eran el ama y la sobrina, a las que en materia de virtud pone como digan dueñas. Del pobre Sancho Panza cuenta que, además de ser una especie de unguento amarillo, era cazador y pescador furtivo, curandero y correveidile. De las lindezas con las que adorna al resto de los personajes más vale ni hablar.

Pero aún hay más. En la leyenda que existe en la parte inferior de la lámina que sirve de frontispicio al primer volumen de la edición, Ward confiesa que sólo desea revivir, mediante el uso del verso Hudibrástico, el genio de S. Butler al que considera príncipe de los poetas. A Cervantes que le den bola.

En el prefacio que antecede al primer canto, Ward nos obsequia con otra prueba de humildad al no intentar pasarnos la falsa moneda de que ha utilizado el texto original, sino que nos participa que ha leído "the best translation of D. Quijote, with much Pleasure and Satisfaction". Esta traducción no es otra que la de Moteux. Ward ni tan siquiera sabía español.

Los sonetos laudatorios que aparecen en el original son sustituidos por tres poemas laudatorios, pero esta vez dedicados a Edward Ward, supuestamente escritos por W. King, J. Browne y W. Pitts.

Esta obra, considerada como aborrecible, nunca vió una reimpresión, lo que supone un justo castigo a su perversa maldad.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. JARVIS, Charles, Traductor, 1742, *The Life and Exploits of the Ingenious Gentleman Don Quixote de La Mancha*, Jacob Tonson II, Ed. London.
2. KELLY, George, Trans. 1769, *The History of the Renowned Don Quixote de La Mancha*, George Kelly, ed., London.
3. LORENZO, Emilio, 1989 "Originales desfigurados", A B C, 26 de diciembre de 1989.
4. MOTTEUX, Pierre, Trans, 1700-1703, *The History of the Renowned Don Quixote de la Mancha*, Samuel Buckley, ed., London.
5. PHILLIPS, John, Traductor, 1687, "*The History of the Most Renowned Don Quixote of Mancha and his trusty Squire Shanchó Pancho. Now made English according to the Humour of our Modern Language*", William Whitwood, ed., London.
6. SANTOYO, J. C., 1983, *La Cultura traducida*, Lección inaugural del curso académico 1983-84, Universidad de León.
7. SHELTON, Thomas, Traductor, 1612, *The History of the Valorous and Wittie Knight-errant Don Quixote of the Mancha*, Edward Blount ed., London.
8. SMOLLETT, Tobias, Trans. 1755, *The History and Adventures of the Renowned Don Quixote*, A. Millar, T. Osborn, T&T Longman, C. Hitch, L. Hawes, J. Hodges & J.J. Rivington, eds., London.
9. WARD, Edward, Traductor, 1711-1712, *The Life and Notable Adventures of that Renowned Knight Don Quixote de la Mancha. Merrily translated into Hudibrastic Verse*, T. Norris, A. Bettesworth y J. Harding eds, London.

10. WILMOT, Charles Henry, trans, 1774, *The History of the Renowned Don Quixote de la Mancha. Being an Accurate, Complete, and Most Entertaining Narrative of the Wonderful Atchievements of that Incomparable Hero and Knight-Errant, from his first great Pursuit after Fame Immortal, till the Close of his Celebrated Carreer, Including, minutely, every curious Incident attending his faithful Squire and Servant, Sancho Panza, interspersed with Ludicrous Dialogues, Rhapsodies, Madrigals and Serenades. The Whole Replete with Infinite Humour and Drollery*, Jogn Cooke, ed., London.

